



Universitat
de les Illes Balears

TRABAJO DE FIN DE GRADO

CONOCIMIENTO Y FELICIDAD HUMANA: UNA RELACIÓN MEDIADA POR LA EDUCACIÓN

Enzo Sequeira Rodríguez

**Grado de
Facultad de Filosofía y Letras**

Año Académico 2021-22

CONOCIMIENTO Y FELICIDAD HUMANA: UNA RELACIÓN MEDIADA POR LA **EDUCACIÓN**

Enzo Sequeira Rodríguez

Trabajo de Fin de Grado

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de las Illes Balears

Año Académico 2021-22

Palabras clave del trabajo:

Conocimiento, verdad, felicidad, plenitud, educación

Nombre Tutor/Tutora del Trabajo Andrés Luis Jaume Rodríguez

Nombre Tutor/Tutora (si procede)

Se autoriza la Universidad a incluir este trabajo en el Repositorio Institucional para su consulta en acceso abierto y difusión en línea, con fines exclusivamente académicos y de investigación

Autor		Tutor	
Sí	No	Sí	No
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Resumen

Este trabajo de fin de grado consiste en una investigación acerca de una serie de preocupaciones que se enmarcan en el campo de la epistemología y la filosofía de la educación.

De un modo más concreto, nuestro objetivo es aclarar la cuestión del valor del conocimiento y sus relaciones con la educación. Tenemos la intuición que dicha cuestión parece llevar aparejada una referencia constante e ineludible, no menos elusiva, a la felicidad.

Así pues, en las dos secciones que conforman este trabajo sostendremos lo siguiente: 1) que el conocimiento y la felicidad importan; 2) el conocimiento es **mayor** y más valioso que la creencia verdadera correspondiente; 3) que el conocimiento conduce a la felicidad y 4) que la educación es el vehículo que posibilita dicho tránsito.

Índice

Introducción.....	7
1. El valor del conocimiento	9
1.1 El problema del Menón.....	10
1.2 Ernesto Sosa y por qué el conocimiento es mejor que la creencia verdadera	12
1.2.2 La alternativa de Sosa al problema del valor del conocimiento	13
2. Conocimiento y florecimiento humano	17
2.1 Concepciones de la felicidad.....	18
2.1.1 Aristóteles y Tomás de Aquino	18
2.1.2 Otras perspectivas sobre la felicidad.....	20
2.1.3 J. Mantovani: educación, plenitud y felicidad humanas.....	26
3. Conclusión.....	29
4. Bibliografía	33

Introducción

El presente trabajo de fin de grado nace de un interés por querer aclarar una serie de inquietudes y problemas entorno al valor del conocimiento y sus relaciones con la educación. Tenemos la intuición de que esta relación trae consigo una referencia a la felicidad. Queremos, por lo tanto, tratar de esclarecer a dónde nos llevan estas inquietudes e intuiciones.

En esta introducción expondremos brevemente lo siguiente: las conclusiones a las que hemos llegado y cómo lo hemos hecho.

De este modo, la conclusión general que sostenemos es que tanto el conocimiento como la felicidad importan. Es más, son dos elementos, al parecer, intrínsecos y fundamentales de la vida humana. Más concretamente, intentamos defender que el conocimiento es mejor y más valioso que la creencia verdadera correspondiente. Es decir, no es lo mismo saber hacer una hogaza de pan de masa madre tras años de experiencia, de éxitos y de fracasos, que el creer saber –esto es, tener la creencia verdadera– hacer el mismo pero contando solo con la teoría de los libros de texto, sin haber tocado nunca una masa.

Por otro lado, indagamos en los conceptos de florecimiento, plenitud y felicidad humana. Tras examinar sus posibles similitudes, nos centramos en su relación con el conocimiento y argumentamos, apoyándonos en una serie de pensadores, que el conocimiento conduce a la felicidad.

Finalmente, recurrimos a la filosofía de la educación para sostener que, para alcanzar dicho estado de plenitud o felicidad, es necesario un proceso de formación del ser humano; esto quiere decir, que para llegar a ser felices, el papel de la educación es esencial en nuestras vidas.

Como vemos, este trabajo de fin de grado se enmarca en el ámbito de la epistemología y, en parte, en el de la filosofía de la educación. Así pues, se encuentra dividido principalmente en dos apartados. El primero busca dar una respuesta al problema del valor del conocimiento; mientras que el segundo aspira a esclarecer la relación que creemos que hay entre el conocimiento, la felicidad humana y la educación. De este modo, el presente escrito finaliza con una breve recapitulación de lo expuesto y con una serie de consideraciones acerca de los temas que se han tratado.

1. El valor del conocimiento

¿Por qué es mejor saber que tener creencias verdaderas?, ¿por qué preferimos el juicio de un médico que el de un homeópata? De otro modo: ¿por qué nos importa el conocimiento y no una mera opinión acerca de algo? Estas son las principales inquietudes que guían este apartado, las cuales se intentarán aclarar a lo largo del mismo.

Tratar de definir el conocimiento ha sido una empresa bastante difícil de lograr a lo largo de la historia de la filosofía; sin embargo, ello no nos impide emprender nuestra tarea como epistemólogos. (Chisholm 1989). Es decir, pese a que no tenemos una definición clara de qué es conocimiento, sí tenemos ciertas intuiciones que nos permiten iniciar nuestra labor.¹ El fin de esta labor es necesariamente la verdad, puesto que si fuera la belleza o el bien estaríamos abandonando el campo de la teoría del conocimiento en aras de la estética o la ética; y si fuera algún otro tipo de creencia, caeríamos en un relativismo que poca justicia le haría a nuestro modo de estar en el mundo. Es así, entonces, que conocimiento y verdad están estrechamente relacionados, tanto que al hablar de uno forzosamente hemos de hablar del otro. De este modo,

El conocimiento tiene que ver con la verdad como manera específica de la existencia humana. Al ser humano le interesa mantener una relación verdadera con la realidad, del mismo modo que ésta se impone como imperativo racional y moral con sus semejantes. La relación con la verdad parece ser la norma deseable en sus transacciones con la realidad. Un ser humano que se relacionara falsamente con la realidad estaría condenado a perecer (Jaume 2022a: 183).

Asimismo, en nuestro estar en el mundo, en nuestra relación con los demás y con las cosas, resulta razonable pensar que nos interesa actuar bien. Sería raro encontrar a alguien que, por ejemplo, en su afán de ir de su casa al trabajo, no respetase las señales viales y quiera cruzar la calle cuando todavía están circulando los coches. Aceptar esto implica aceptar una concepción del conocimiento en la que este se entiende como guía de la acción. Esto quiere decir que actuamos en base a razones porque queremos conseguir determinados fines u objetivos. Sucede, entonces, que forzosamente albergamos algún tipo de conocimiento que nos permite distinguir entre aquello verdadero y aquello falso, para luego poder determinar qué medios necesitamos para alcanzar dichos fines.

Esta intuición es importante, debido a que conlleva entender la verdad como un rasgo de la racionalidad (Frankfurt 2007). Ambos conceptos [verdad y racionalidad] están estrechamente vinculados. Para Frankfurt, verdad hace referencia a un hecho, a que algo

¹ Véase en el Menón (81d) cómo Sócrates «señalaba que el conocimiento no procede de la nada, sino que siempre parte de algo, siendo ese principio la conciencia de la propia falta de conocimiento (Jaume 2022a: 188).

sea fáctico, a que un suceso realmente tenga lugar. Racionalidad, en cambio, conlleva saber distinguir entre la verdad y la falsedad, esto es, saber barajar y dar razones para actuar de una determinada manera. De este modo, si queremos saber a qué atenernos en nuestra relación con las personas y las cosas, hemos de respetar aquello que es verdadero y, por lo tanto, diferenciarlo de lo falso. «El hecho de que llueva constituye una razón – naturalmente, no concluyente– para que los individuos que habitan en la zona en la que está lloviendo, y que prefieren no mojarse lleven paraguas. Cualquier persona racional que entienda qué es la lluvia y conozca la función de los paraguas estaría de acuerdo con ello». (Frankfurt 2007: 106).

1.1 El problema del Menón

Con esto, empezamos a entender cuál es el valor del conocimiento: en principio nos ayudaría a tener una relación satisfactoria en nuestro estar en el mundo. Sin embargo, puede ocurrir que me relacione bien con el mundo y las personas pero que no necesariamente tenga conocimiento. Puedo haber leído cientos de libros acerca de cómo hacer un buen pan de masa madre, investigado sobre la química de la fermentación o incluso haber preguntado a cantidad de panaderos acerca de los secretos para conseguir una buena hogaza que, a pesar de ello, no sabré hacerla. Esta situación es la que Ernesto Sosa denomina como «problema del Menón» (Sosa 2014: cap. III). Este consiste en preguntarnos si es lo mismo tener creencias verdaderas o tener conocimiento y si es mejor tener el primero o el segundo dado que con ambos, supuestamente, se lograrían alcanzar los fines propuestos. Como señala Sosa:

Este problema ha pasado a ocupar el lugar central de la escena epistemológica contemporánea. Platón ya se preguntaba cómo es posible que el conocimiento tenga más valor que la correspondiente creencia verdadera, cuando la segunda nos presta el mismo servicio. Una creencia verdadera nos ayuda a alcanzar nuestro objetivo con no menos eficacia que el correspondiente conocimiento. Conforme a esto, nos preguntamos: ¿En qué mejora el conocimiento a la creencia verdadera correspondiente? (Sosa 2014: 107).

En el mencionado diálogo, Sócrates-Platón ya señala (97a) el parecido que tiene aquel que conoce el camino a Larisa y aquel que tiene solo una opinión correcta al respecto. Los dos serían capaces de ir satisfactoriamente a su destino e incluso ejercer de guías para los demás. Frente a esta situación, Sócrates y Menón consideran que un posible argumento en favor del valor conocimiento podría encontrarse en que este, a diferencia de la opinión, nos permitiría acertar siempre en nuestras indagaciones, puesto que es en la «atadura de la opinión» (entendida como en su justificación) donde se diferencia el

conocimiento de la opinión acertada (98a). Pero, sin embargo, que ambos elementos logren el fin propuesto parece ser un argumento lo suficientemente convincente para Sócrates, al concluir que «en modo alguno, la opinión acertada será inferior al conocimiento, ni de menor utilidad de cara a las acciones, así como tampoco el hombre que posea opinión exacta será peor que el que posea conocimiento (*Menón* 98c).

No obstante, posteriormente al pasaje del esclavo, en el *Menón* también podemos observar un argumento que parece ir en favor de considerar más meritorio tener conocimiento que tener una creencia verdadera. Fijémonos cómo, discutiendo acerca de la teoría de la reminiscencia, Sócrates resalta el valor del conocimiento:

Sin duda, hay ciertos aspectos de esta argumentación sobre los que no insistiría mucho; sin embargo, convencidos como estamos de que es necesario investigar lo que se desconoce con el objeto de ser mejores, más arrojados y menos indolentes, antes que pensar que lo que no sabemos, ni es posible descubrirlo ni hay por qué investigarlo, por esto sí que estaría bien dispuesto a pelear, si me fuera posible, de palabra y obra. (*Menón* 86b)²

Además de defender la importancia del conocimiento, lo que Sócrates está haciendo aquí es condenar la indiferencia, el no querer investigar, el dar la espalda a la verdad³. Condena la negligencia y la indolencia en el momento de abordar la búsqueda del conocimiento enfatizando, a su vez, el valor que tiene iniciarse en esta empresa. Efectivamente, se trata de una actividad que conlleva un esfuerzo y un trabajo pero que tiene el objetivo, como señala Sócrates, de ser mejores, es decir, de mejorar nuestra situación epistémica (Sosa 2014). Así, parece que poco a poco se van perfilando una serie de rasgos de carácter que van asociados al acto de conocer y que, como veremos más adelante, serán fundamentales para alcanzar nuestras respectivas felicidades.

² Este fragmento nos resulta especialmente interesante porque en él podemos entrever el carácter firme de Sócrates respecto a la búsqueda del conocimiento. Este mismo carácter lo encontramos también en la *Apología de Sócrates* en el fragmento 21b, en el que se decide investigar si las palabras del oráculo de Delfos decían, efectivamente, la verdad. Asimismo, estos pasajes nos llaman la atención debido a que identifican al conocimiento y a la creencia verdadera con una serie de virtudes y vicios epistémicos. Con relación al primero parecen seguirle las virtudes del esfuerzo, el trabajo y la diligencia; mientras que respecto al segundo le siguen los vicios de la pereza, la negligencia y la indiferencia.

De todo modos, para un estudio más detallado acerca de la ética intelectual, véase Zagzebski (1996).

³ Al respecto, puede ser de utilidad la comparación que realiza Koyré (1966) entre el carácter de Menón y el de Teeteto frente a la búsqueda de la verdad.

«Menón no va a hacer ningún esfuerzo, tan solo quiere comprar un saber que, para Sócrates no está en venta porque nadie puede pagar a otro para que piense por él. [...] El caso de Teeteto es muy diferente al de Menón. Teeteto no sabe, no sabe qué es el saber, pero está en disposición de llegarlo a saber porque es capaz de realizar un esfuerzo –el esfuerzo del conocimiento– poniendo una fe en la capacidad de Sócrates –el hijo de la partera– para hacerle alumbrar conocimiento» (Jaume 2022c: 9).

1.2 Ernesto Sosa y por qué el conocimiento es mejor que la creencia verdadera

Estas serían las dos posibles posturas que encontramos en este diálogo platónico. La primera defiende que el conocimiento es mejor que la creencia verdadera porque nos permite acertar siempre en nuestras indagaciones; la segunda sostiene que el conocimiento vale la pena porque nos permite, a diferencia de la opinión acertada, mejorar nuestra posición epistémica. Partiendo de una epistemología basada en la virtud, Sosa argumenta de un modo distinto (quizá más próximo a nuestras intuiciones). Su propuesta se caracteriza, principalmente, por dos aspectos: a) la agentividad del sujeto epistémico en la búsqueda del conocimiento y en la justificación de sus creencias; b) una concepción del conocimiento proposicional como creencia apta.

Desde la perspectiva de Sosa, las creencias son consideradas como un tipo de acción evaluable bajo la estructura que Sosa llama «triple AAA» (por sus siglas en inglés) o «ADA» (aptitud, destreza y acierto) (Sosa 2014: 42). Por lo tanto, una creencia será apta si resulta del ejercicio de una competencia⁴ del sujeto que acaba en un acierto; es decir, si nuestras creencias alcanzan sus correspondientes verdades manifestando una habilidad de la persona y, por consiguiente, excluyendo elementos azarosos o fortuitos. Este nivel pertenece a lo que Sosa denomina «conocimiento animal» y su principal función es la de detectar y establecer algún tipo de representación fiable acerca de la realidad. A su vez, un estadio superior, el conocimiento reflexivo, se apoya en el animal y surge de la necesidad de distinguir aquellas creencias que alcanzan el estatuto de conocimiento y aquellas que no. Según Sosa, parece ser que no nos conformamos con representarnos el mundo, sino que nos interesa representarlo bien, esto es, acertar; al igual que no queremos cualquier tipo de verdad, sino aquella que venga de una fuente fiable. El conocimiento reflexivo, entonces, en lugar de evaluarse en términos de aptitud, consiste en la «meta-aptitud», en que una creencia se sepa apta; siendo este el rasgo que nos permite hablar de un conocimiento propiamente humano. Esta meta-aptitud se entiende como el resultado de un entrenamiento y de una posterior evaluación de una habilidad, donde la aptitud inicial es examinada y refinada intencional y conscientemente

⁴ Competencia, habilidad, facultad, etc. son términos que pueden englobarse bajo el concepto de virtud. Como señala Manuel Liz, «son disposiciones para que la actividad epistémica de un sujeto sea de un cierto modo. Podemos decir que la epistemología de Sosa es una epistemología centrada en las virtudes de los sujetos epistémicos» (Liz 2021: 255).

con el objetivo de que proporcione un camino confiable hacia la verdad⁵. Sirviéndose de la metáfora del tirador de arco y de la figura de Diana cazadora, Sosa lo explica así:

Un disparo es meta-apto si y solo si es correctamente seleccionado, esto es, si y solo si se ha corrido el riesgo adecuado, de forma que ello manifieste la competencia del agente para elegir blancos y seleccionar disparos. Ni la aptitud es suficiente para la meta-aptitud, ni viceversa. Ambos factores varían de forma independiente. Cuando Diana lanza su flecha, su disparo puede ser tanto apto como meta-apto. Cuando se abstiene de disparar, su abstención puede ser meta-apta, aunque, por supuesto, y dado que dicha abstención ni tan siquiera tiene como objetivo el éxito en el nivel de ejecución, no puede ser apta. No obstante, la abstención puede ser meta-apta en la medida en que se trata de una respuesta adecuada en cuanto al riesgo percibido, de una respuesta tal que manifiesta la meta-competencia de Diana cazadora (Sosa 2014: 47).

1.2.2 La alternativa de Sosa al problema del valor del conocimiento

Hemos caracterizado brevemente el enfoque de Sosa respecto a la epistemología. Veamos ahora cómo este enfoque justifica el valor del conocimiento. A pesar de que en *Epistemology* (2017) y en *Judgment and agency* (2015) nuestro filósofo señale que la reflexión es importante porque, en casos de evaluación epistémica, nos permite hacer frente a los desafíos escépticos gracias al juicio reflexivo⁶ y porque nos ayuda a ser mejores agentes epistémicos, todavía no explica por qué el conocimiento es importante.

Es cierto que en (2015: cap. VI) Sosa se apoya en la *Ética nicomáquea* de Aristóteles y en el concepto de florecimiento humano⁷ para explicar por qué el conocimiento es mejor que la creencia verdadera. Entrelazando a Aristóteles con su enfoque agencial del conocimiento, Sosa señala que para florecer es necesario una acción acorde con la virtud (Sosa 2015: 141)., Esto quiere decir que «para que una acción constituya un florecimiento, debe ser una acción basada en una elección competente. Hay que tener un plan para lograr un objetivo, y actuar partiendo de este plan. La acción debe estar de acuerdo con las virtudes de uno, lo que significa que debe ser exitosa y apta. No puede constituir un éxito por suerte, coincidencia o casualidad» (Silva-Filho, Santos 2021:

⁵ Si bien en el libro que citamos de Sosa (2014) y en otros como (Sosa 2015) se habla de estos dos niveles de conocimiento, también en ellos aparece un tercero: el conocimiento pleno. Cabe señalar que este término no equivale a «saber algo completamente», sino que, más bien, hace referencia a «saber algo hasta donde mis facultades lo permiten». Así pues, la situación del sujeto epistémico y su conciencia al respecto son claves para llegar a tener conocimiento pleno acerca de algo.

⁶ *Aclaración*: La concepción de juicio que tiene Sosa no es equivalente al término «proposición» (al menos tal y como lo entendían autores como Frege, Russell, Moore o Wittgenstein). Asimismo, tampoco refiere a una categoría mental o psicológica, ni es parecida al juicio kantiano. Para Sosa, «los juicios son actos reflexivos y libres mediante los que el sujeto se compromete racionalmente (o se niega a comprometerse en el caso de la suspensión del juicio) con la verdad de una proposición» (Gómez-Alonso 2019).

⁷ Será en la segunda parte de este trabajo en la que abordaremos concretamente este concepto (junto con su equivalente «plenitud humana») y veremos si tiene o no similitudes con el concepto de felicidad.

322). Entonces el valor del conocimiento radicaría en ser una parte importante del florecimiento humano: no tendría un valor instrumental, sino constitutivo, similar a cómo la comunicación contribuye tanto al florecimiento individual como al colectivo (Sosa 2015: 189). Silva-Filho y Santos lo resumen de la siguiente manera:

La solución de Sosa no establece que el conocimiento tenga un valor final, ni que este sea un valor instrumental. Es un tipo de valor distinto, *el valor de ser un componente importante del florecimiento humano*. El florecimiento humano, que según Sosa significa «una vida de realización, mientras que la actividad del alma evita de manera relevante la suerte en la medida en que está de acuerdo con la virtud» (Sosa 2015a, p. 156). Teniendo esto en cuenta, Sosa explica que el conocimiento no solo es mejor que la mera creencia verdadera, sino que lo que se requiere para el pleno florecimiento –y con esto creemos que se refiere al pleno conocimiento humano– es mejor que el mero conocimiento (Sosa 2015a, pp.189-190) (Silva-Filho, Santos 2021: 323).

Sin embargo, estos dos mismos investigadores brasileños destacan los siguientes dos puntos en los que la salida de Sosa necesitaría de una mayor clarificación, puesto que no acaba de explicar convincentemente por qué el conocimiento es superior a la creencia verdadera. **De esta modo**, señalan:

a) *Ser un elemento importante en algo no confiere valor*. Como acabamos de ver, parece ser que, para Sosa, el valor del conocimiento es el de formar parte del florecimiento humano. Apoyarse en el marco aristotélico, que tiene como bien más elevado la *eudaimonía*, conlleva los siguientes problemas: «¿qué razones tenemos para decidir que el marco de Aristóteles es el correcto?, ¿existe alguna virtud suprema?, ¿es el entendimiento (*understanding*) el elemento supremo en nosotros, como dice Aristóteles?» (Silva-Filho, Santos 2021: 325). En definitiva, a lo que Sosa tiene que hacer frente es a explicar por qué el florecimiento humano es valioso.

Sosa podría aceptar el marco *eudaimonístico* de Aristóteles y decir que el conocimiento tiene un valor final en relación con el bien humano más elevado. Sin embargo, Sosa dice explícitamente que el conocimiento no tiene valor final, y no hace referencia a la *eudaimonía* ni a ningún bien supremo más elevado. Además, parece como si Sosa no creyera en ningún bien humano superior o en ningún tipo de buena vida unificada, lo que determinará el valor del florecimiento humano (Silva-Filho, Santos 2021: 326).

b) *No hay diferencia de valor entre el conocimiento animal y el conocimiento pleno*. El hecho de no acabar adoptando el enfoque de Aristóteles y de afirmar (2015) que hay «suficientes formas humanas de florecimiento, que pueden tomar muchas y diversas formas» (Sosa 2015: 189), hace que lleguemos a la conclusión de que, en definitiva, «no tenemos ninguna razón para decir que el florecimiento humano es el éxito más la aptitud, ya que no estamos usando el marco *eudaimonístico*. Por esta razón, es arbitrario decir que

la vida del habitante de Matrix o de la víctima hedonista no es una vida humana floreciente» (Silva-Filho, Santos 2021: 327).

Este último argumento nos resulta especialmente interesante porque implica una nueva reflexión. Los autores, al criticar la noción del *bíos theoretikós* como modelo de plenitud humana, estarían proponiendo una «democratización de la felicidad»⁸. Dicho de otro modo, del hecho de no adoptar una vida contemplativa ¿se sigue que los que no lleven tal vida no serán felices? Frente a esta pregunta, Silva-Filho y Santos contestan que no:

No es difícil imaginar una vida humana floreciente sin ningún conocimiento reflexivo. Por ejemplo, una vida de instintos donde la única meta es reproducirse, encontrar comida y tener placer. Ese tipo de vida podría florecer muy bien, sin ningún tipo de conocimiento reflexivo. Esto significa que, si «lo que se requiere para el pleno florecimiento humano de esa vida» es el conocimiento reflexivo, para aquellas vidas en las que florecer significa solo reproducirse, encontrar alimento y tener placer (incluso placeres ilusorios), no solo el conocimiento reflexivo no es mejor que el mero conocimiento animal, sino que no sirve para hacer florecer esa vida (Silva-Filho, Santos 2021: 329).

Llegados a este punto, nos encontramos en una situación en la que, ante la cuestión del valor del conocimiento, necesitamos una respuesta más objetiva. En trabajos anteriores a *Judgment and agency*, como en *Knowing full well* (2010)⁹ creemos que Sosa desarrolla una solución a este problema de una forma un tanto menos complicada y quizá más objetiva.

Recordemos que su enfoque parte de una concepción que entiende al **conocimiento como creencia apta**. Así pues, si nuestra intuición nos dice que el conocimiento es valioso y, por tanto, mejor que la creencia verdadera se entiende que Sosa, en primer lugar, quiera aclarar de qué tipo de valor se trata:

Al menos, podríamos decir que el conocimiento es valioso del mismo modo en que lo son la interacción social, la amistad o la alimentación. [...] Todas las cosas a las que concedemos valor desempeñan alguna función importante para el florecimiento de la vida humana. Probablemente, eso es lo que hace sean valiosas. Pero esto no exige que cada ejemplo específico sea valioso, bien como fin o como medio (Sosa 2014: 114-115).

Sin embargo, como vimos antes el concepto de «florecimiento humano», de momento, nos da problemas. Además, también señalamos que lo que se conoce como el problema del Menón hace que esta solución no nos sea satisfactoria.

⁸ Agradezco al Dr. Jaume el advertirme de este detalle que no tuve en cuenta y que me hizo problematizar aún más este concepto de la felicidad o plenitud humana.

⁹ Nuestra edición de esta obra corresponde a la traducción en español por Modesto M. Gómez-Alonso del 2014, titulada *Con conocimiento pleno*.

Una alternativa la encuentra Sosa al considerar al conocimiento como «un tipo de actuación» (Sosa 2014: 115). Si adoptamos el punto de vista de un hipotético agente epistémico y lo que queremos es alcanzar un objetivo (el conocimiento y no la creencia acertada), resulta más preferible y coherente esforzarse por conseguirlo que contentarse con un plan frustrado. Esto es lo mismo que si nos proponemos hacer una hogaza de pan. Al igual que Sosa, creemos que es más lógico hacer el esfuerzo de levantarse a las tres de la mañana, mezclar, amasar, formar, dejar fermentar toda la noche y, al día siguiente, hornear la pieza, que conformarse con una masa no fermentada lo suficiente, cruda o quemada.

Cualquiera que esté tratando de lograr un objetivo preferirá siempre *alcanzarlo* que no alcanzarlo [...]. Además, debemos distinguir entre llegar a un objetivo y alcanzarlo, donde «alcanzarlo» exige que el llegar a él no se deba al azar. Un agente racional que no sufra de falta de voluntad (acrasia) ya está, por el simple hecho de procurar su objetivo, prefiriendo alcanzarlo. [...] Pensemos en un agente que cree que *p* y que se pregunta si su creencia es verdadera. La coherencia pura y simple exige que uno considere que sus creencias son verdaderas. Del mismo modo, la simple coherencia exige que uno prefiera la satisfacción global de sus preferencias. [...] Lo que estoy sugiriendo es que, como agentes, preferimos la satisfacción global de nuestras preferencias, y que dicha preferencia, dado lo incoherente que resultaría preferir lo opuesto o suspender el juicio, es *racionalmente adecuada* (Sosa 2014: 116-118).

Esta sería la salida de Sosa respecto al problema del valor del conocimiento. Apoyarse en un criterio de coherencia racional le permite ofrecer una respuesta más objetiva que la basada, en parte, en Aristóteles y el concepto de florecimiento humano. Además, considerar el conocimiento como un tipo de actuación nos ayuda a entender de forma más clara por qué es preferible el conocimiento que su correspondiente creencia verdadera. Preferimos el conocimiento y no la creencia verdadera porque nos interesa alcanzar nuestros objetivos de la mejor manera posible, esforzándonos por acertar la mayoría de las veces, en lugar de dejar nuestras metas ante la incertidumbre de la mera opinión acertada. Al fin y al cabo, «uno siempre debería preferir alcanzar aquello por lo que lucha, y alcanzarlo *apta*, no fortuitamente. Esa es a preferencia adecuada, o, al menos, es la preferencia a la que nos obliga el criterio de coherencia racional» (Sosa 2014: 119).

2. Conocimiento y florecimiento humano

En el anterior apartado se ha intentado dejar claro por qué el conocimiento es importante. En este buscamos aclarar qué relación puede tener el conocimiento con el concepto de florecimiento humano que, como vimos, aparece en Aristóteles y Sosa.

Asimismo, el hecho de que este último concepto nos resulte problemático hace que nos planteemos si no es más razonable entenderlo simplemente como felicidad. Queremos investigar si ambos conceptos son equiparables, si el primero puede llegar o no a englobar al segundo, si son sinónimos y, por ende, intercambiables o si, en definitiva, es mejor asumir el concepto de felicidad para comprender mejor el lugar que tiene el conocimiento en nuestras vidas.

De este modo, si la pregunta que nos guiaba antes era por qué el conocimiento es importante, la pregunta que debemos hacernos ahora es: ¿la felicidad importa? Es una cuestión que nos interesa sobremanera porque multitud de pensadores han tratado este tema¹⁰, pero si nos fijamos, a día de hoy podemos ver que es una cuestión que no se tiene del todo claro, que es más bien confusa.

De hecho, palabras como dicha, suerte, fortuna, plenitud o bienaventuranza son palabras que se suelen confundir y que nos sugieren, de algún modo, esta idea de felicidad (Marías 1994: 14). Son acepciones que nos ayudan a pensar mejor y son nuestro punto de partida. Sin embargo, el motor que mueve nuestra investigación es distinto. Al principio, al hablar sobre el conocimiento y la verdad dijimos que nos interesan porque resultan de vital importancia para saber a qué atenernos en nuestro día a día. De la misma manera, hablamos de temas tan importantes como la vida humana, la muerte, el amor, la persona o la felicidad misma y observamos que no hay claridad. Las usamos cada día y, no obstante, parece que si nos preguntan, difícilmente podríamos ofrecer una respuesta concluyente. Se trata de «ciertas cuestiones que se rehúyen sistemáticamente, y que resultan ser algunas de las más importantes» (Marías 1994: 11), de ahí que sea nuestra perplejidad frente a este suceso la que guíe nuestros esfuerzos en esta pequeña investigación. Julián Marías lo explica de este modo:

Sobre todo, los temas que acabo de nombrar se refieren a realidades que no son «cosas», y hay una convicción tácita, no expresada pero muy arraigada, de que la realidad son cosas. Esto es, sin duda, una forma de pensamiento arcaico, pero el arcaísmo es uno de los rasgos de nuestra época. Las realidades que se evitan no son cosas, aunque puedan tener que ver con ellas: les pertenece otro tipo de realidad. Por eso, no se aclaran con meras observaciones o experimentos. No se puede esclarecer lo que es el amor o la vida humana o la muerte o la libertad o la felicidad haciendo

¹⁰ El concepto de felicidad es un lugar común en la historia de la filosofía, en especial en el campo de la ética. Desde la Antigüedad hasta hoy en día (en su mayor parte bajo el género de autoayuda), es un término que ha cobrado diferentes acepciones. Un pequeño recorrido de esta variedad de sentidos lo podemos encontrar en el ensayo de Helena Béjar *La felicidad en la Ilustración a la luz de la modernidad* (2020). Como dijimos, nosotros pretendemos aclarar un poco más qué es a lo que nos referimos cuando usamos este concepto.

observaciones, encuestas, estadísticas o experimentos de laboratorio; hace falta otro tipo de planteamiento, y se elude cuanto es posible. [...] Son realidades complejas, que propiamente no son cosas, porque aunque tengan ingredientes materiales tienen otros dinámicos, dramáticos (Marías 1994: 12).

Así pues, el hecho de que el concepto de felicidad esté tan arraigado en nuestra cotidianidad nos habla de su gran importancia y ello justifica nuestra intención de explicarlo, puesto que es vital saber a qué atenernos (ya sea para entender el mundo como nuestra vida) y, aunque todavía no lo tengamos claro, creemos que haciéndolo lograremos ser más felices. Buscamos, entonces, ese «otro tipo de planteamiento», esa otra perspectiva que nos ayude a estar en una mejor situación epistémica.

2.1 Concepciones de la felicidad

2.1.1 Aristóteles y Tomás de Aquino

¿Por qué hablar de conocimiento y felicidad? Sencillamente porque partimos del supuesto de que la búsqueda de la verdad es un trabajo –genuinamente humano– que involucra a la persona toda y que produce un gozo, un estado de plenitud que podríamos entender como felicidad (Jaume 2022b: 10). Esta concepción la encontramos en el pensamiento de Aristóteles y Tomás de Aquino.

Es ya bastante conocida y comentada la *Ética a Nicómaco* donde Aristóteles expone su eudemonismo, postura que sostiene que el fin de la acción humana es la felicidad.¹¹ Especialmente los libros primero y décimo son aquellos que abordan la relación entre el conocimiento y la felicidad.¹² Así pues, en el capítulo séptimo del primer libro es donde ya se señala que, si todas las acciones tienen un fin propio, el mejor y por lo tanto el último fin es, para el ser humano, la felicidad: aquel bien último que se busca por sí mismo y hacia el que están dirigidas todas nuestras actividades.

De manera que, si es último un solo fin, éste sería el que buscamos; y, si lo son más de uno, el último de todos. [...] Sencillamente, es último lo elegible por sí mismo siempre y nunca por causa de otra cosa. Y una cosa así parece ser, sobre todo, la felicidad, pues ésta la elegimos siempre por ella misma y nunca por otra cosa, mientras que los honores, el placer, la inteligencia y toda virtud las elegimos, desde luego, por ellas mismas [...], pero las elegimos también por causa de la felicidad, por suponer que vamos a ser felices por su causa. En cambio, nadie elige la felicidad por causa de éstas, ni en general por otra cosa (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 7, 1907b).

¹¹ Recordemos que el término griego *eudaimonia* puede entenderse como vida buena, dicha, felicidad y otros conceptos similares tales como los que mencionamos anteriormente.

¹² En el libro primero Aristóteles realiza un análisis del concepto de *eudaimonia*. En el décimo, si bien parece estar enfocado a la actividad política, se llega a la conclusión de que la felicidad consiste en la vida contemplativa o filosófica, la más cercana a la actividad divina y, por lo tanto, la que encierra el placer supremo.

Por otro lado, aunque el placer, los honores, la riqueza o cualquier bien material quizás tengan que ver con la felicidad, no son equivalentes. Para Aristóteles este estado es el fin último de la vida humana y se alcanza por medio de un trabajo, de un esfuerzo que consiste en vivir acorde a la virtud (*Ética a Nicómaco*, X, 6-7). Aquí, entender la virtud –siguiendo a Tomás de Aquino– como *bona qualitas mentis* (*De virtutibus*, art. 2) nos puede ayudar a clarificar lo que entraña la actividad de conocer: consiste en una búsqueda de la verdad que requiere de la formación de un *ethos*, de un carácter reflexivo¹³ que guíe dicha búsqueda, en la que la verdad, a su vez, se nos da en perspectiva; en una perspectiva que no es ni perfecta, ni completa, pero que siempre puede mejorarse, dando lugar a una que pueda ser satisfactoria y acertada, esto es, una perspectiva feliz (Jaume 2022b: 14).

En este punto tanto Aristóteles como Tomás de Aquino dan importancia a la voluntariedad y a la reflexividad del sujeto. Se trata de dos aspectos propios del conocimiento humano que posibilitan a la persona alcanzar la verdad y, con ello, la felicidad o plenitud que procura dicho logro. Vemos, así, que esta búsqueda consiste en un trabajo intelectual que involucra a la persona entera pero que no necesariamente tiene que ser una actividad exclusiva del ámbito epistémico, pues esto sería estrechar mucho el mundo del sujeto. Por otra parte, este es un tema que interesa porque plantea una cuestión que actualmente sigue siendo discutida: la cuestión de si los animales pueden llegar o no a ser felices. Para Aristóteles evidentemente no, sin embargo detenerse en este punto excede los objetivos de este trabajo. Con lo que sí estaría de acuerdo es con que la virtud, tal y como la estamos entendiendo aquí, forma parte de un tipo de vida muy particular y de la que solo el ser humano puede, en muy contadas ocasiones, formar parte. La vida contemplativa, aquella que se pregunta por la verdad y la única que es capaz de conducir a la felicidad.¹⁴

¹³ Al igual que alcanzar la verdad es importante, también lo es el modo en el que se consigue. Si la epistemología afecta a todo el ser humano, resulta coherente que sea además una disciplina que busque mejorar su posición en el mundo. Adoptando la conversión entre bien, belleza y verdad de Tomás de Aquino, Linda Zagzebski (1996) plantea un enfoque responsabilista de la epistemología de virtudes que enfatiza los rasgos de carácter del sujeto en el proceso de alcanzar la verdad. Se trata de una alternativa a la propuesta de Sosa, pero ambas no son necesariamente excluyentes. Para ver cada una de ellas y su posible síntesis, el artículo citado del Dr. Jaume es de ayuda.

¹⁴ Cf. (Jaume 2022b): «La virtud acompaña a un género de vida muy particular del que el hombre sólo es potencialmente partícipe, la vida contemplativa, que es en la que el hombre encuentra su plenitud pero a la que solamente puede aspirar parcialmente. [...] Si la contemplación –el conocimiento y el disfrute de la verdad– es lo más excelso, está claro que en el animal no hay pregunta por la verdad ni reflexión acerca de qué cuenta como verdad y qué no. Hay creencia apta y con esto colma su animalidad. Lo genuinamente humano es la felicidad como resultado de un trabajo que involucra no sólo a las disposiciones que compartimos con el animal sino a aquellas que son genuinamente humanas» (10-11).

2.1.2 Otras perspectivas sobre la felicidad

Hasta el momento tenemos claro que conocimiento, verdad y felicidad van de la mano. Sin embargo, tenemos la sensación de que todavía seguimos dando vueltas a este problema sin saber muy bien a dónde estamos apuntando; es decir, queremos aquilatar más este concepto de plenitud, florecimiento o felicidad humana. Asimismo, parece que también se va perfilando la idea de que el fin final del ser humano es la felicidad, si atendemos al escolio segundo del tercer párrafo de la *Crítica de la razón práctica* (1788), en el que Kant sigue lo sostenido por Aristóteles al decir que «ser feliz constituye necesariamente el anhelo de todo ente racional» (Kant 1788: 105). Al fin y al cabo, parece que ser feliz es una tarea en la que, de un modo u otro, todos nos afanamos. ¿Por qué será?

Por su carácter confuso y elusivo, no se le ha prestado mucha atención intelectual a la felicidad, pero por otra parte el hombre no cesa de buscarla: todo lo que hace, lo hace con el propósito más o menos deliberado, al menos *con la esperanza de aumentar su felicidad. Es algo que llena* nuestra vida, al menos en la forma de ausencia, de la privación, de la busca, pero la ocupa entera. Es la gran envolvente de todo lo demás. Las cosas que buscamos, que queremos, que nos interesan, por las cuales nos afanamos, todas tienen como un trasfondo que es esa elusiva, esa improbable felicidad. Nos interesan en la medida en que van a contribuir a la felicidad, o la van a hacer más probable, o van a restablecerla si se ha perdido, y esto muestra la desproporción entre la importancia intelectual que se le ha dado y el peso real, absorbente, inmenso, que tienen en nuestra vida (Marías 1944: 17. *Cursivas propias*).

Aquí ya empezamos a observar cómo esta noción de felicidad se va entrelazando con el de plenitud o florecimiento. Vemos que es algo que «llena» nuestra vida, que la «envuelve» y que, por lo tanto, es algo a lo que necesariamente hemos de atender a pesar de que nos sea elusivo y confuso.

Profundizando más en esta problemática, encontramos una concepción novedosa y muy interesante que es la que propone Liz (2021). Partiendo de una crítica a los más recientes desarrollos de la normatividad epistémica de Ernesto Sosa –que otorga más importancia al elemento teleológico que al perspectivista–, el profesor Liz presenta el concepto de «satisfacción epistémica» o «felicidad epistémica».

Como dijimos, en el apartado anterior, Sosa concibe el conocimiento como creencia apta que tiene como fin la verdad o que está orientada hacia ella. Adoptando un enfoque perspectivista –como hiciera el propio Sosa en sus primeros trabajos–, Liz argumenta que quizás esto no sea del todo así, puesto que se reduciría tanto al sujeto como al ejercicio de su reflexión a una suerte de «mecanicismo teleológico» que solo busca la

verdad. En cambio, es probable que esto solo sea una faceta más de lo que nos caracteriza como seres humanos y que, en lo que respecta a nuestras creencias y presuposiciones, «es epistémicamente más importante tenerlas, simplemente el hecho de tenerlas, y el modo en que se tienen, que el que sean verdaderas» (Liz 2021: 261).

De acuerdo con esto, Liz propone, al contrario que Sosa, evaluar nuestras acciones epistémicas centrando la atención más hacia el proceso o hacia la actividad realizada (es decir, evaluándolas como *accomplishments*), en lugar de dar importancia al hecho de lograr o alcanzar cierto fin (esto es, considerarlas como *achievements*). De lo que se trata, entonces, es de ser capaz de valorar el proceso mismo de la búsqueda de la verdad y no tanto el dar efectivamente con ella (que, obviamente, también es importante)¹⁵. Es así, que en escenarios de actuaciones epistémicas

lo que nosotros estaríamos insinuando es que en muchos casos lo que tendríamos sería más bien un *accomplishment*. Y de aquí se derivaría algo muy importante. En los casos del segundo tipo, en los casos de *accomplishment*, más que de «excelencia epistémica» deberíamos hablar de «satisfacción epistémica» o de «felicidad epistémica», algo similar a la satisfacción o felicidad no epistémica que a veces se consigue dando un paseo por el campo (Liz 2021: 262).

Un ejemplo claro de lo que quiere proponer Liz lo podríamos encontrar en el diálogo platónico del *Teeteto*. En él, Sócrates y Teeteto se disponen a iniciar una investigación para ver si son capaces de dar con la verdad o, al menos, mejorar su posición respecto a esa búsqueda. En dicho diálogo sucede lo siguiente:

Teeteto parte de una verdad y llega a otra verdad. Parte del reconocimiento de no saber, investiga y, finalmente, llega a sostener que «todo esto ha resultado ser algo vacío» (210b) para señalar Sócrates que después de la investigación acometida están ambos mejor posicionados. [...] Se ha partido de una verdad y se ha llegado a otra verdad. Ninguna de las dos es completa. El reconocimiento de no saber es la novedad primera de quien comienza a investigar, el reconocimiento de que, tras la investigación no se ha llegado a un resultado definitivo pero que ha valido la pena en tanto que ha producido una mejor situación epistémica, es la verdad a la que se llega. Ninguna de las dos es absoluta. La primera requiere de una reflexividad, un punto de vista

¹⁵ Al respecto y en relación con una epistemología de virtudes más responsabilista, vale la pena señalar el reconocimiento que concede Liz al fracaso en nuestra empresa epistémica:

Sin duda, atribuimos mérito a toda buena actuación. La excelencia de un deportista, la excelencia de Diana como cazadora, la excelencia de un buen guía, etc., son dignas de mérito y reconocimiento. Y también ha de serlo la excelencia de una buena actuación epistémica. Pero ¿no merece mérito [...] una actuación que, aun si haber sido para nada excelente, ha supuesto un gran esfuerzo y compromiso por parte del agente involucrado justamente en la empresa de conseguir la excelencia? Algunos fracasos también son dignos de mérito por sí mismos. Y en ellos la aptitud no puede medirse por la manera como se ha conseguido un logro ejerciéndose una competencia. No puede medirse así porque *no ha existido tal logro*. En todo caso, la aptitud aquí sería una cierta forma de producirse el *fracaso* (Liz 2021: 265).

sobre los puntos de vista que se tienen, la segunda incrementa esa reflexividad, posiciona mejor. No importa tanto el resultado como la actividad en sí (Jaume 2022c: 10-11).

De esta manera, gracias a Liz y a Jaume podemos entender el concepto de felicidad epistémica como una «determinada forma de ser feliz» (Jaume 2022b: 1) que, como decíamos, es fruto de un trabajo, de un esfuerzo por alcanzar la verdad. Asimismo, alcanzar la verdad (aunque solo sea una parte de ella) implica dar con una perspectiva de la realidad «que contribuye a nuestro estado global de plenitud humana» (Jaume 2022b: 14). Siguiendo un poco más el texto de Jaume, observamos que «el goce, la felicidad epistémica, resulta de la aprehensión intelectual. La verdad se presenta así como el resultado de un esfuerzo que contribuye a que la vida humana sea una buena vida, es decir, una vida plena. El conocimiento es parte indispensable de esta misma plenitud o florecimiento humano que denominamos, sin más felicidad» (Jaume 2022b: 14).

De esta manera, juzgamos que cada vez estamos un poco más seguros del importante papel que tiene el conocimiento tanto en la búsqueda de la verdad como de su derivada felicidad. Para Liz, el conocer se presenta, pues, como una actividad que no tiene un objetivo en concreto. Más bien, se trata de una acción que encuentra su valor en el hecho mismo de realizarse, es decir, posee un valor intrínseco; es algo con lo que contamos solo las personas y que tiene como meta –por decirlo de algún modo– la felicidad, nuestra felicidad. Meta que es diferente a todas las demás, puesto que es algo que compartimos por el hecho de ser seres humanos, independientemente de los objetivos particulares que tenga cada uno. Más adelante veremos que todos, de alguna u otra manera, nos afanamos por llegar a ser felices. Así, la finalidad de la epistemología es ayudarnos a alcanzar dicho estado a través de lo que Liz llama satisfacción epistémica.¹⁶

Acorde con lo expuesto, creemos que el saber nos ayuda a tener una mejor perspectiva de nosotros mismos y del mundo en el que tenemos que habérnoslas. De hecho, este valor que otorgamos al conocimiento y a la reflexión ya lo resalta Sosa al señalar que estos dos elementos nos hacen mejores agentes epistémicos porque, al confiar en la razón como la mejor guía en nuestras empresas epistémicas, esta nos permite evaluar

¹⁶ Cf. (Liz 2021): «esta actividad de conocer no pertenecería al tipo de actividades que tienen un fin propio. [...] Sería más bien como charlar con los amigos. O como dar un paseo por el campo sin un objetivo en general, sin un *telos* esencial. [...] Sin duda, hay muchas verdades particulares que queremos descubrir y que de hecho descubrimos. Pero el conocer no tiene ningún objetivo general. El percibir, el razonar, el recordar, el fiarnos de los demás, etc., son simplemente «partes de nuestras vidas». Y lo que queremos en nuestras vidas es ser felices. No conseguir la felicidad, como si eso fuera un logro que nos pudiéramos proponer alcanzar. Simplemente, ser felices. La felicidad epistémica es una satisfacción intelectual. Y el fin de la epistemología es contribuir a hacer que esta satisfacción intelectual sea máxima al estar acompañada de una reflexión consciente» (280).

y refinar nuestras competencias o habilidades. Y, gracias a ello, conseguir estar más capacitados tanto para actuar virtuosamente como para abstenernos, también de manera virtuosa, de situaciones que nos podrían perjudicar.¹⁷

Además, tenemos también la intuición de que esta reflexividad o autoconciencia nos abre la posibilidad de vivir nuestras vidas de un modo más sereno, más tranquilo¹⁸, puesto que ahora contamos con aquello de donde partimos y con aquello a lo que nos enfrentamos para así, tener claro hacia dónde nos dirigimos. Al fin y al cabo, la vida humana siempre es cada uno. Es particular, concreta e irreductible a esquemas o a recetas milagrosas.

Del mismo modo y como dijera Julián Marías, la felicidad es mi felicidad y es tarea de cada uno el tratar de imaginarla y conseguirla. Por ello queremos seguir insistiendo en este trabajo en la valía del conocimiento, de la voluntariedad y la reflexividad de las personas. Porque de esta manera –encarando consiente e intencionadamente a la verdad y no viviendo al margen o contra ella– creemos que, a pesar de las circunstancias –buenas o malas– en las que se encuentre el sujeto, este será capaz de alcanzar la plenitud, de florecer o de, sencillamente, ser feliz. Y si no, al menos estará en una mejor posición para procurársela que alguien que no conozca¹⁹. Sostenemos que esto probablemente sea así porque es un tema que «afecta a la vida misma» (Marías 1994: 332) y, como decíamos bien al principio, quien no conozca está condenado a perecer.

Continuando con Marías, es importante subrayar dos aspectos que solemos pasar por alto cuando intentamos pensar la vida –si es que en algún momento no detenemos a hacerlo–, que son su cotidianidad y su configuración proyectiva. Ambos son dos ingredientes inseparables de la vida humana. El primer es aquel con el que ya contamos, con el que, valga la redundancia, estamos día a día y con el que, de algún modo, hemos de cargar siempre. El segundo, el componente proyectivo, tiene la característica especial

¹⁷ Cf. (Sosa 2015): «opting for such rational guidance does involve judgment and risk in any given case, and a faith in reason as our best guide. When research reveals the hidden influences that move us, moreover, that may just help us to enhance the competence of our management. Those revelations may lead us to avoid certain situations, competently, virtuously so, and to undergo relevant therapy over time, thus counteracting inappropriate influences» (87).

¹⁸ Aquí probablemente nos estaríamos acercando a concepciones epicúreas, estoicas e incluso escépticas de la felicidad. Sin acabar adoptando del todo ninguna de ellas, pensamos que el conocimiento puede darnos más seguridad que la ignorancia.

¹⁹ Recordemos cómo en un momento en el diálogo del Menón, se baraja la idea de que el conocimiento es más valioso que su creencia verdadera correspondiente porque nos permitiría acertar siempre en nuestras investigaciones.

de otorgar sentido a nuestra vida. Dicho de otro modo, es aquel ingrediente que, si se tiene la fortuna de tenerlo claro, es capaz de hacernos levantar de la cama a pesar de que ese día las cosas no se den de la manera en que queremos o nos resulten más pesadas de lo habitual. Es un factor que no se detiene nunca y está compuesto por la imaginación, parte que juega un importantísimo papel, ya que hace de guía a nuestra cotidianidad²⁰.

Asimismo, Marías resalta el valor de esta proyección. Si se omite o si no se le encuentra respuesta, no habrá tampoco un sentido de la vida rector y, sin este, la felicidad no sería posible. No es que se identifique la pregunta –y su posterior respuesta– por el sentido de la vida con la felicidad, pero se remarca que sí es condición de ella. Es por esta razón, entonces, que creemos que no es preferible dar la espalda al conocimiento y a la verdad si realmente queremos ser felices. Necesariamente hemos de esforzarnos y hacer el trabajo de pensar²¹. Debemos pensar en nosotros como individuos, en nuestra vida, en el mundo en el que nos encontramos y el modo en el que hemos de hacerle frente. Porque no todo son cosas y la vida humana es un claro ejemplo de ello. En este caso, no nos sirve recurrir a datos, estadísticas o experimentos. Debemos pensar y, para ello creemos que es necesario adoptar una perspectiva diferente que sea capaz de explicar la experiencia humana con los conceptos adecuados.²² Porque es en este esfuerzo donde reside el primer paso hacia la felicidad.

Como breve ejemplo que puede ayudar a entender mejor lo que estamos tratando de aclarar, podemos acudir a la literatura, en este caso la de Lev Tolstoi, puesto que a veces suelen describir mucho mejor que cualquier ensayo según qué conceptos o situaciones. En *La felicidad conyugal* (2012), Tolstoi nos relata la breve historia de amor

²⁰ Si bien Marías habla sobre la tentación de no imaginar la otra vida (al referirse a la concepción cristiana de la felicidad), lo que dice a continuación nos sirve igual para nuestras respectivas felicidades:

«Se dirá que no se puede imaginar, que no podemos saber cómo será. Hace falta imaginarla al menos lo suficiente para poder deseársela, a sabiendas de que no será así, sino mejor [...]; pero tenemos que imaginarla para deseársela» (Marías 1994: 19).

²¹ Ya Ortega y Gasset en su ensayo *Ideas y creencias* (2018) señalaba que pensar es un «esfuerzo penoso». Sin embargo, también comenta que «el intelecto es el aparato más próximo con el que el hombre cuenta» y que «al caer en la duda se agarra a él como a un salvavidas».

²² Cf (Marías 1994): «la vida humana no es cosa alguna, de ninguna índole; es una realidad elusiva, que hay que apresar con conceptos adecuados: personal, proyectiva, dramática, argumental, circunstancial, corpórea, temporal, con memoria pero futuriza, intrínsecamente menesterosa, amorosa, con absoluta necesidad de perduración. Si esto no se tiene en cuenta, si no se dispone de conceptos capaces de pensar esa estructura, no es probable que se descubra el sentido de la vida. Y si no se está en él, o no se puede seguir estando, desaparece la felicidad» (339).

entre Masha y Serguéi, en la que nos ofrece una concepción de la felicidad que se asemeja a la que estamos trabajando nosotros.

Discutiendo por la imposibilidad de su relación con su amada, Serguéi explica qué es lo que entiende él por felicidad:

Ahora, a menudo, la felicidad me impide dormir por las noches y no hago sino pensar en cómo viviremos juntos. Yo he vivido mucho, y *creo que sé lo que hace falta para la felicidad*. Una vida apacible, recogida, en la lejanía de nuestra provincia, con la posibilidad de hacer el bien a esas personas a las que es tan fácil hacer un bien al que no están acostumbradas; luego, el trabajo..., un trabajo que, según parece, es de provecho; luego, el descanso, la naturaleza, los libros, la música, el amor al prójimo; ésa es la felicidad para mí y no pienso que haya nada superior a ello (Tolstoi 2012: 79).

Aquí aparecen varias cosas. En primer lugar, encontramos cierto elemento reflexivo, de ser consciente del punto de vista en el que se está, necesario para nuestro estar en el mundo. En segundo lugar, este fragmento es un ejemplo de lo que Marías señalaba al hablar de ser capaces de imaginar la felicidad para, al menos, poder deseársela. Y, en un tercer momento, la caracterización de Tolstoi nos interesa debido a que nos ofrece un testimonio –sí, ficticio, pero no por ello realizable– de lo que sería alcanzar la plenitud humana, de florecer –aunque sea a una edad tardía–, de ser feliz.

Lo expuesto hasta ahora puede estar bien, mal, mejorable, etc. pero de poco nos serviría si no viéramos la manera de cómo llevarlo a cabo. Además, esta búsqueda de la verdad, este trabajo que conlleva conocer y el ser capaz de procurarse cierta felicidad no es algo que se de por sí solo en la persona. No es algo con lo que uno nazca ya sabiendo, sino que requiere de un proceso de formación; es decir, necesita de la educación.

2.1.3 J. Mantovani: educación, plenitud y felicidad humanas

Así pues, si lo que pretendemos es llevar a la práctica la teoría aquí expuesta, conviene, como señala Juan **Manotvani**, reflexionar –aunque sea brevemente– sobre la educación, puesto que «la filosofía adquiere así aplicación» (Mantovani 1960: 16). De hecho, Jaume también sostiene que «la filosofía es una enseñanza» (Jaume 2022a: 307), pero de igual modo «es un deseo de saber» (Jaume 2022a: 316).²³ En este último punto

²³ Esto implica ahondar un poco más en lo que es la relación entre profesor-alumno:

Para enseñar es menester albergar un saber, pero no basta sólo con eso. [...] Enseñar es iniciar a alguien en una materia, lo que se aprende. [...] Se requiere que se enseñe bien, que se aprenda bien y que la materia sea buena. Aquí vemos un primer intento de epistemología de la virtud en el sentido en el que Zagzebski en nuestros días va a entender el problema del conocimiento, es decir ligando el bien a la verdad. No solo conocer requiere de un ethos, de una disposición previa del sujeto que inicialmente es ni más ni menos que la capacidad de conducir el deseo de saber y, en

buscamos, entonces, acabar de perfilar qué relación puede tener el concepto de plenitud con el de felicidad.

Desde el ámbito de la filosofía de la educación, el ya citado profesor Mantovani, en su obra *Educación y plenitud humana* (1960), reflexiona acerca de diversos problemas educativos. Su objetivo es que educadores y pedagogos sean conscientes de ellos y puedan ejercer su trabajo de una manera más justificada. Apoyándose en el análisis de diferentes concepciones de la naturaleza del ser humano, del pensamiento filosófico y de las teorías educativas del siglo XIX, Mantovani elabora su propuesta de una «educación nueva» que tiene como finalidad desarrollar una concepción plena del hombre que aspira a conquistar progresivamente un ideal de humanidad.

Inspirada en unos valores que tienen por objetivo superar a la pedagogía tradicional, la educación nueva busca la «formación de un tipo particular de ser humano» (Jaume 2022c: 1). Busca ir más allá del ámbito intelectual y formar al individuo para la vida. Por ello, concibe al ser humano en su totalidad –tanto vital como espiritual– y pretende ofrecerle unos principios y herramientas que le posibiliten la vida en comunidad y el hacerle frente a la vida de manera autónoma; siendo, así, un individuo libre de elegir cómo realizarse.²⁴

Su enfoque nos resulta interesante porque «va más allá de la cultura puramente intelectual» y lo que hemos estado haciendo en este trabajo ha sido, precisamente, resaltar el valor y la importancia conocimiento. Esto puede pensarse en un primer momento. Sin embargo, también hemos intentado argumentar que, aunque el conocimiento nos sirva para saber a qué atenernos, nuestros esfuerzos por alcanzarlo tienen como finalidad aumentar nuestra felicidad. Como expusimos, Liz sostiene que el objetivo de la epistemología radica en maximizar lo que él denomina como «felicidad epistémica», la cual es una parte de una felicidad más global, que nos involucra por entero. Quizás interpretándolo de esta manera podamos entrever alguna relación entre el conocimiento y la noción de felicidad o plenitud humana: es gracias al proceso educativo, a la relación entre profesor-alumno, al vínculo entre la transmisión de un saber y el aprendizaje de este que el sujeto puede reunir herramientas para lograr satisfactoriamente su objetivo de la felicidad.²⁵

consecuencia, iniciar el proceso de aprendizaje, también requiere de **buenos maestro** y buenas materias (Jaume 2022a: 198).

²⁴ Cf (Mantovani 1960: 166-167).

²⁵ Conviene recordar que si el conocimiento es producto del ejercicio virtuoso –tal y como sostienen Sosa o Zagzebski–, algunas virtudes son educables, debido a que son hábitos y uno de los objetivos de la

Este objetivo Mantovani lo cifra en la sociedad. El ser humano solo es capaz de realizarse en contacto con el otro o, lo que sería lo mismo, la felicidad solo es real cuando se comparte –si bien procurársela sigue siendo una tarea de cada uno–. Al respecto, Julián Marías nos recuerda que

fue Unamuno uno de los pesadores que lo han visto más temprano y con mayor claridad, cuando dice: «Una persona aislada dejaría de serlo: ¿a quién, en efecto, amaría?» No se olvide tampoco lo que he recordado ya varias veces, la tesis de Leibniz según la cual la felicidad es a las personas lo que la perfección es a las cosas. Los atributos que descubrimos en la persona, los que constituyen esa manera de ser que llamamos personal, son transpersonales (Marías 1994: 281).

Para Mantovani la educación es un vehículo que tiene la finalidad de hacer que el individuo supere su individualidad y se realice en el seno del ámbito cultural. Tiene, así, el objetivo de formar a la persona, esto es, de hacer que desarrolle su personalidad. Este concepto es de gran relevancia, puesto que no implica una atomización del individuo, ni una indiferencia dentro de la comunidad –la cual también es capaz de aislar a la persona. Lo que Mantovani defiende con el concepto de personalidad es una intención de querer que el ser humano sea «poderoso por sí mismo, concentrando las fuerzas de su naturaleza para la realización del ideal de su individualidad, determinándose por sí mismo libremente en todos los dominios de la vida» (Mantovani 1960: 169). Es de esta manera que, para el profesor Mantovani, se puede lograr el desarrollo de la personalidad de cada uno: resulta necesario una plenitud de vida y espíritu en el ser del sujeto para que este alcance o llegue a realizar lo valioso que hay en él.

Entonces creemos que esta plenitud, que nos ayuda a lograr este ideal de la personalidad, se puede entender como una relación con el proceso de búsqueda de la verdad –mediada por el factor educativo– que nos permite contestar a la cuestión que nos plantea Marías al respecto de nuestro propio sentido de la vida: «La pregunta fundamental que tendríamos que hacernos –a nosotros mismos y a los demás– sería: *¿qué me importa*

educación es el de promover el desarrollo de esos buenos hábitos. Aquí se nos plantea la cuestión de si este hecho es subsumible al campo de la ética intelectual o si, por el contrario, es algo propio y genuino del conocimiento.

Acudiendo a Nassif (1975) y a su análisis de las etapas del proceso educativo, podríamos responder afirmativamente al primer cuerno del dilema. Al fin y al cabo, lo que defendemos es que la educación conlleva la formación del ser humano (Jaume 2022a: 179) y esta es necesaria si aspiramos a ser felices. Por lo tanto, podríamos concluir que se trata de un asunto de la ética intelectual. Sin embargo, si volvemos a la propuesta del profesor Liz y recordamos lo dicho acerca del fin de la epistemología, quizá podríamos estar de acuerdo con la segunda opción.

Como vemos, es un tema interesante que nos abre otros horizontes de análisis. No obstante, detenernos en ellos excede las ambiciones de este trabajo.

Asimismo, vuelvo a agradecer a Jaume por sus oportunos comentarios durante este escrito. Sin duda, lo han enriquecido mucho más.

de verdad?, y es el camino para la pregunta por el sentido de la vida. ¿Qué necesito para ser feliz? ¿Qué voy a necesitar siempre? ¿Qué me impide la felicidad?» (Marías 1994: 338).

De este modo, sostenemos que conocimiento, verdad, educación y plenitud o felicidad están estrechamente relacionados. El esfuerzo por buscar y encontrar –parcialmente– a los dos primeros, facilitado por un buen proceso educativo, hace que estemos en una mejor posición en la vida para encarar nuestra empresa de conseguir la felicidad. Una empresa en la que todos, de algún modo u otro, nos afanamos por conseguir.

3. Conclusión

Este trabajo de fin de grado ha tratado de ser un medio para aclarar una serie de inquietudes que tienen que ver con el conocimiento, la felicidad humana y el papel de la educación en el momento de mediar entre las dos primeras.

Es así como este escrito se enmarca en el campo de la epistemología y, en menor parte, dentro de la filosofía de la educación. A su vez, se halla dividido, principalmente, en dos secciones. La primera trata sobre el valor del conocimiento y la segunda sobre su relación con el concepto de florecimiento, plenitud o felicidad humana. La conclusión general a la que llegamos es la siguiente: tanto el conocimiento como la felicidad importan. De hecho, sostenemos que el primero es capaz de conducir al segundo.

Entrando más en detalle, hemos intentado argumentar, acudiendo a la obra de Platón y de Ernesto Sosa, que el conocimiento es mejor y más valioso que la creencia verdadera correspondiente. El motivo lo encontramos en que el conocimiento nos permite, al igual que la creencia verdadera, una relación satisfactoria con el mundo pero, a diferencia de ella, lo hace con una garantía: la de la seguridad. De poder estar seguros de que sabemos y acertar la mayoría de las veces en nuestras empresas epistémicas.

Por otra parte, en el segundo apartado de esta investigación hemos profundizado en el concepto de florecimiento, plenitud o felicidad humana y luego hemos atendido a su relación con el conocimiento.

Habiendo descartado el concepto de florecimiento en la primera parte por ser problemático, aquí nos preguntamos si las nociones restantes pueden ser equiparables. Para ello, nos hemos apoyado en distintas concepciones de la felicidad como la de Aristóteles, Tomás de Aquino, Immanuel Kant, Julián Marías, Andrés Jaume, Manuel Liz o Lev Tolstói. Todos ellos nos han ayudado a perfilar esta idea de felicidad que todos, en cierto modo, tenemos pero que nos cuesta concretar. Asimismo, ante la pregunta que nos hacíamos aquí, contestamos afirmativamente acudiendo al texto de Marías en el que señala que la felicidad «es algo que llena nuestra vida», que «la ocupa entera. Es la gran envolvente de todo lo demás» (Marías 1994: 17). Creemos que esto así porque todo lo que hacemos tiene como fin último ese estado de felicidad –tesis defendida por Aristóteles y Kant, entre otros–. De esta manera, podemos señalar que alguien que haya alcanzado la plenitud será feliz y, a la inversa, alguien que sea feliz habrá alcanzado la plenitud.

Una vez aclarados estos conceptos, la última sección de nuestro trabajo tiene como objetivo exponer la relación entre el conocimiento y la felicidad. Entramos, pues, en el ámbito de la filosofía de la educación, donde el profesor Juan Mantovani nos aporta una

perspectiva alternativa –basada en lo que él llama «educación nueva»– que aspira a que el ser humano alcance lo más valioso que hay en él dentro del ámbito cultural. Y, aquí, el conocimiento es fundamental: nos aporta las herramientas necesarias para que podamos conseguir nuestras respectivas felicidades.

El objetivo de este trabajo era aclarar la cuestión del valor del conocimiento y sus relaciones con la educación. Se ha visto que dicha cuestión parece llevar aparejada una referencia constante e ineludible, no menos elusiva, a la felicidad. Al respecto, puede concluirse lo siguiente.

Tras todo lo expuesto y argumentado, este trabajo se posiciona en contra de la máxima popular que dice que la «ignorancia da la felicidad». No creemos que debamos dedicar muchas líneas a justificar nuestra postura, baste recordar que quien no conoce, acaba pereciendo. Es más, afirmamos que una vida sin conocimiento, es una vida sin felicidad. Tal y como hemos visto, es necesario pensar nuestra vida y utilizar los conceptos adecuados. A fin de cuentas, necesitamos imaginar nuestra propia felicidad, al menos lo suficiente, como para poder deseársela.

Por otro lado, quisiéramos también señalar la postura de Liz respecto al fin de la epistemología. Dado que, desde su enfoque perspectivista, no es posible alcanzar un conocimiento completo de la realidad, su propuesta nos llama la atención porque hace más énfasis en el proceso y la manera de buscar la verdad que el propio hecho de llegar a encontrarla. Esto hace que rasgos de carácter como el trabajo, esfuerzo, diligencia o perseverancia –entre otros– adquieran un mayor protagonismo en nuestras vidas si aspiramos a ser felices.

Asimismo, no podríamos concluir este escrito sin hablar de la educación. Las lecturas, primero de Nassif y luego de Mantovani, junto con parte de la tesis doctoral de Jaume han resultado ser influyentes y esclarecedoras sobre el importante papel de la educación en nuestras vidas y en su relación con el conocimiento y la felicidad. Efectivamente, siguiendo a Mantovani, apostamos por «una pedagogía movida más que por resortes técnicos, por principios de vida y libertad» (Mantovani 1960: 167).

El punto que queremos defender, para acabar, es que también es necesario prestar atención, no más, sino de igual manera, al elemento reflexivo. Que el *sapere aude* kantiano no quede como una frustrada aspiración ilustrada, sino que nos involucremos consciente e intencionadamente en enseñar a los alumnos a pensar por sí mismos, a que sean capaces de responder a la pregunta «¿y usted qué piensa?» cuando les pregunten por algo y no se limiten a reproducir el libro de texto. Enseñarles a pensar quiénes son, en qué

mundo se encuentran, a qué le tienen que hacer frente y, evidentemente, a cómo ser felices o, al menos, incentivarles el deseo –nacido en el amor– de querer aprender y conocer. En una palabra: enseñarles a ser seres humanos.

4. Bibliografía

- ARISTÓTELES (2005): *Ética a Nicómaco*, Madrid: Alianza editorial.
- BÉJAR, H. (2020): «La felicidad en la Ilustración a la luz de la modernidad», *Claves de razón práctica*, nº268 (88-97).
- CHISHOLM, R. (1989): *Theory of knowledge* (3ª edición), Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- FRANKFURT, H. (2007): *Sobre la charlatanería (On bullshit) / Sobre la verdad*, Barcelona: Editorial Planeta.
- GÓMEZ-ALONSO, M. (2019): «Epistemología de virtudes», *Enciclopedia de la Sociedad Española de Filosofía Analítica* (URL: <http://www.sefaweb.es/epistemologia-de-virtudes/>).
- JAUME, A. (2022a): *Conocimiento y educación en la obra de J.A. Comenius*, Universitat de Barcelona.
- (2022b): «Epistemología de virtudes y felicidad epistémica», Manuscrito.
- (2022c): «¿Por qué Teeteto llegará a saber? Epistemología de virtudes y pedagogía», Manuscrito.
- KANT, I. (2015): *Crítica de la razón práctica*, Madrid: Alianza editorial.
- KOYRÉ, A. (1966): *Introducción a la lectura de Platón*, Madrid: Alianza editorial.
- LIZ, M. (2021): «Virtud y perspectiva» en M.M. Gómez Alonso y D. Pérez Chico, *Ernesto Sosa: conocimiento y virtud*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, (247-288).
- MANTOVANI, J. (1960): *Educación y plenitud humana*, Buenos Aires: El Ateneo.
- MARÍAS, J. (1994): *La felicidad humana*, Madrid: Alianza editorial.
- NASSIF, R. (1975): *Pedagogía general*, Madrid: Cincel.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2018). *Ideas y creencias y otros ensayos*, Madrid: Alianza editorial.
- PLATÓN (1992): «Menón», en *Diálogos*, vol. II, Madrid: Gredos.
- (1988): «Teeteto», en *Diálogos*, vol. V, Madrid: Gredos.
- SILVA-FILHO Y SANTOS (2021): «Virtudes epistémicas y florecimiento humano: E. Sosa y el valor del conocimiento» en M.M. Gómez Alonso y D. Pérez Chico, *Ernesto Sosa: conocimiento y virtud*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, (313-332).
- SOSA, E. (2014): *Con pleno conocimiento*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- (2015): *Judgment and Agency*, Oxford: Oxford University Press.
- (2017): *Epistemology*, New Jersey: Princeton University Press.

TOLSTOI, L. (2012): *La felicidad conyugal*, Barcelona: Acantilado.

TOMÁS DE AQUINO (2003): «Cuestión sobre las virtudes en general», en *Opúsculos y cuestiones selectas* (Vol. II), Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

ZAGZEBSKI, L. (1996): *Virtudes of the Mind. An Inquiry into the Nature of Virtue and the Ethical Foundations of Knowledge*, Cambridge: Cambridge University Press.